

YOL, HIJO DE DOS MUNDOS

JOAN MANUEL GISBERT



edebé

YOL, HIJO DE DOS MUNDOS

JOAN MANUEL GISBERT

YOL, HIJO DE DOS MUNDOS



edebé

© Joan Manuel Gisbert, 2021

© Ed. Cast.: Edebé, 2021
Paseo de San Juan Bosco 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones Generales: Reina Duarte
Diseño de la colección: Book & Look
Fotografía de cubierta: Shutterstock

1.ª edición, septiembre 2021

ISBN: 978-84-683-5367-8
Depósito legal: B. 7118-2021
Impreso en España
Printed in Spain
EGS – Rosario, 2 – Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

A Federico Martín Nebras, por la magia del Tres.

Índice

1. Nacer es como despertar por vez primera	9
2. Silenciosa desaparición al alba.....	13
3. El visitante de los sueños.....	18
4. Otsván, el famoso zahorí	24
5. Orania, un lugar único en el mundo	30
6. Los últimos magos de Orania	36
7. La historia de Irmea y sus ojos color violeta...	41
8. En el Monasterio de las Ciento Once Hermanas....	51
9. La desgracia de Irmea.....	62
10. Zurmunda, la bruja ambiciosa	66
11. Buscando a Yol con ansiedad.....	71
12. La decisiva llegada de Aldio	80
13. En el Pozo Negro.....	91
14. Perdido en los caminos circulares	98
15. El secreto de Otsván el Zahorí.....	102
16. Grandes cambios, vidas nuevas	107

1. Nacer es como despertar por vez primera

Hace cientos de años, en una casa de campo, nació un niño que se asombró mucho al ver la luz, porque no se lo esperaba. Su llegada al mundo fue como despertar después de un profundo sueño que había durado meses.

Y sucedió algo más. Cuando Alia, su madre, estaba mirando a su hijo recién nacido con toda su ternura, notó con gran sorpresa que el parto no había terminado aún.

Tenía dentro otro niño que también quería nacer, despertar y ver la luz del mundo.

Lo hizo poco después. Había algo parecido a una sonrisa en sus pequeños labios.

—Bueno, ahora sí que ya está. Donde nace uno, nacen dos, pasa a veces —dijo Ilna, una mujer que se dedicaba a ayudar en los partos. Había venido a toda prisa desde una aldea próxima, avisada por unos granjeros.

Alia, la nueva madre, estaba asombrada viéndolos a los dos. Y también feliz. Feliz y asombrada. Y también abrumada. Feliz, asombrada y abrumada.

No había pensado que tendría gemelos, con todo lo que eso suponía.

Nur, su esposo, no estaba en casa. Había ido a comprar semillas al mercado semanal que se celebraba a bastante distancia de allí. No iba a volver hasta el día siguiente.

El parto se había adelantado. Lo esperaban para unos días más tarde.

Durante todo el día, muchas personas de las granjas cercanas, mujeres casi todas, acudieron y ayudaron a Alia y a los dos pequeños en todo lo que hizo falta.

Únicamente en algunos momentos estuvieron solos los tres.

Fue una de esas veces, hacia media tarde, cuando llegó a aquella sencilla casa de campo una mujer mayor, desconocida, de aspecto más bien desagradable, vestida con ropas muy usadas. Dijo haber oído que habían nacido gemelos en aquella casa, y que venía a verlos porque estaba segura de que serían muy bonitos.

—Oh, sí, ya lo creo, qué preciosos son —dijo la anciana visitante con voz de miel, mirándolos de cerca—. Y tan iguales que los dos parecen el mismo. ¡Cada uno es como un espejo del otro!

Aquella mujer estuvo unos minutos deshaciéndose en halagos y mimos hasta que, tras asegurarse de que no había nadie más en la casa ni en sus alrededores, cambió de actitud.

—Eres muy afortunada —aseguró, mirando a Alia de manera rencorosa—, tú tienes dos hijos..., pero yo no tengo ninguno. ¿Te parece que eso está bien?

Alia se quedó tan sorprendida al oír aquellas palabras que no supo qué hacer ni qué decir.

La mujer añadió de pronto, muy sombría:

—¿Por qué no me das uno, y me lo llevo? Así te quitas un peso de encima. Estás muy delgada. Dar el pecho a estos dos durante meses y meses te dejará en los huesos. Con uno solo lo aguantarás mucho mejor, te lo digo yo.

Alia pensó que la desconocida no estaba bien de la cabeza, en su mirada había algo que daba miedo.

Como si temiera que la mujer fuese a cometer un disparate, acercó a los dos pequeños hacia su cuerpo y los protegió con sus brazos, para impedir que la otra pudiera llevárselos si lo intentaba.

La inquietante mujer reaccionó con una burlona sonrisa llena de desprecio y, acercándose un poco más, preguntó:

—¿Crees de verdad que sujetándolos así podrás evitar que me lleve uno, el que yo quiera?

Algo malo parecía estar a punto de ocurrir cuando entró en la casa un corpulento labrador llamado Sías, que era muy amigo del marido de Alia. Sin sospechar nada, se dirigió a ella con una gran sonrisa y le dijo:

—Vaya, vaya, o sea que los tienes de dos en dos, ¿eh? ¡Qué bueno! Ya verás qué cara pondrá Nur cuando los vea. Hola, pequeñajos, ¿qué tal estáis? ¡Oh, no hace falta que digáis nada, ya veo que muy bien!

Alia iba a pedirle al campesino que la librara de la anciana, pero la inquietante mujer ya no estaba allí. Se había retirado como una sombra al ver entrar a Sías.

Los dos recién nacidos se habían quedado muy quietos, como atentos a algo que no podían ver.

—Ha venido hace un momento una mujer vieja muy rara a la que no había visto nunca. Ha dicho que iba a quitarme a uno de los niños porque ella no tiene ninguno —le contó Alia, todavía asustada.

Sías miró a todos lados.

—Hace un momento estaba aquí —añadió Alia.

—Ah, pues no puede andar muy lejos. Espera, voy por ella. Cuando la encuentre, le diré unas cuantas cosas. ¡Qué se habrá creído, la muy desgraciada!

El hombre salió hecho una furia.

Pasado un buen rato, volvió a entrar. Estaba desconcertado.

—He mirado por todas partes y nada. He preguntado y nadie la ha visto. ¿Ha dicho por qué demonios quería llevarse a un niño?

—Me parece que no estaba bien de la cabeza —dijo Alia llevándose una mano a la sien—. ¿Qué iba a hacer con uno de mis hijitos recién nacidos? Será mejor que nos olvidemos de ella. Espero que no vuelva, no me gustaría verla otra vez por aquí.

—No creo que se atreva, pero ahora mismo voy a decirle a mi mujer que venga y no se separe de vosotros hasta que vuelva Nur.

—No hace falta que se moleste. Van a venir mis primas.

—Una más no sobraré. Estos dos pequeñuelos van a dar mucho que hacer.

—Eso sí es verdad —dijo Alia, atrayéndolos hacia ella llena de dicha.